

DOS REPRESENTANTES ARGENTINOS MUERTOS EN LA GUERRA

(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Dinant, 23 de agosto de 1914.

El 23, pequeña pausa, pero a las seis de la mañana estalló un terrible bombardeo que iba a durar todo el día.

A eso de las 7, los alemanes bajaron a la ciudad por el camino de Loyers y la Montaña de la Cruz, para entregarse a inauditas atrocidades.

Tomaron ancianos y ancianas y los pasearon por la ciudad con los brazos alzados al cielo, disparando a cala instante los fusiles para aterrarlos. Derribaron las puertas de las casas y rompieron los vidrios a culatazos, lanzando al interior granadas incendiarias. Todos los que abrían sus puertas, se dejaban ver o salían huyendo del fuego, eran hechos prisioneros y llevados a la antigua herrerdía de Bouille. Allí había gente de todas las edades y de ambos sexos, ancianos, niños, mujeres que amamantaban sus criaturas ...

Imposible es describir con qué refinamiento atormentaban a aquellos desdichados !

Obligaban a las hombres a que fueran a

recoger los muertos y heridos caídos en la calle d'Enfer, calle que da a la plaza del Mosa, frente a frente del sitio en que funcionaban las ametralladoras francesas : los infelices podían, pues, morir de las manos de sus propios amigos !

Los que habían quedado en la herrería, en la casa del herrero y en los sótanos, pasaron también por momentos terribles y yivieron horas angustiosas. Los alemanes les daban golosinas diciendo que no les harían el menor daño y, minutos más tarde, les anunciaban que iban a fusilarlos o a incendiar la casa después de encerrarlos en ella.

A eso de las seis de la tarde hicieron salir a todos, fusilaron algunos al azar, y todo el resto fué arreado delante de la soldatesca que tiraba al aire sin cesar, o que obligaba a los desgraciados a tenderse en el suelo, siempre con los brazos levantados.

Después de recorrer así la calle, separaron a los hombres de las mujeres. Los hombres, que eran unos ciento cincuenta, fueron alineados en tres filas contra una pared. Avanzó un pelotón de ejecución, cargó las armas y apuntó a los prisioneros. Pero, a una voz de mando, los tiradores se retiraron, descubriendo algunas ametralladoras que abrieron inmediatamente el fuego ...

Esta escena se desarrolló en presencia de las mujeres y los niños, que vieron así despedazar a sus padres, maridos, hermanos o hijos !

Los pocos que lograron escapar a las ametralladoras, fueron muertos por los soldados, que se complacían en tirar sobre el montón de víctimas.

Entre éstas cayó el vicecónsul argentino, D. Remy Himmer, de cuyo *vía crucis* paso a ocuparme especialmente, siguiendo también punto por punto las declaraciones de otros testigos presenciales, que conocen muy a fondo los detalles del hecho.

*

M. Himmer, su esposa, sus hijos y numerosas familias de obreros, estaban el domingo 23 de agosto refugiados en la fábrica, cuando a eso de las cinco de la tarde, ignorando todavía el resultado de la batalla, y los acontecimientos que se habían desarrollado en la ciudad, resolvieron salir con una bandera blanca, para pedir que se les permitiera recogerse a sus respectivas casas.

Fueron inmediatamente rodeados por soldados alemanes y conducidos a un official que separó del grupo a M. Himmer y a todos los hombres y adolescentes hasta de diez y seis a años que,

bajo la amenaza del revólver, tuvieron que encaminarse a la Abadía de los padres Premontreses, frente a la cual se hacían las ejecuciones.

M. Himmer reivindicó inútilmente su título de cónsul de la República Argentina. Sin interrogatorio, sin sentencia, fué pasado por las armas junto con sus empleados, capataces y obreros. Entre la salida de la fábrica y el momento de la ejecución no transcurrieron diez minutos.

Desde el principio de las hostilidades, M. Himmer había hecho enarbolar una gran bandera argentina sobre el escudo del consulado. El escudo quedó intacto, pero la bandera fué arrancada y hecha pedazos. La casa fué saqueada. M. Himmer había puesto todos los archivos del consulado en su escritorio particular de la fábrica, creyéndolos más seguros, pero poco después la fábrica fué incendiada y todos los documentos ardieron.

«Debo agregar - dice un testigo - que ningún hecho justificaba semejantes represalias. Sólo dos hulanos hablan sido muertos días antes, el 10 de agosto, por los soldados franceses, en un camino que da a nuestro arrabal de Leffe. Cualquier otra afirmación debe considerarse falsa.»

Más adelante veremos los esfuerzos que la autoridad militar alemana hizo poco después

(cuando nuestro ministro en Bélgica pidió explicaciones sobre el hecho incalificable de que se trata), para quitarle importancia e impedir que las reclamaciones argentinas siguieran adelante.

Veamos ahora lo que acontecía en Dinant.

*

En otro barrio de la ciudad, después de hacer prisioneros a todos los hombres, arrearon a las mujeres y los niños por entre las casas incendiadas, lanzando gritos terribles y disparando sus armas.

En la Roca Bayard, después de haber construido su puente de barcas, obligaron a los vecinos a pasarlo, y mataron a todos por la espalda. De una familia compuesta del padre, la madre, dos niños de doce y quince años y una niña de diez, no queda más que esta última.

Los que estaban desde la mañana encerrados en la cárcel de Dinant sufrieron mucho. Allí hicieron que los hombres salieran al patio y enviaron a los sótanos a las mujeres y los niños. Los soldados tiraban en el interior del establecimiento, y hacían funcionar las ametralladoras para divertirse con el temor de

aquellos desgraciados. Y esto duró horas enteras.

En otros barrios de la ciudad, en Leffe y en Saint-Pierre, se fusiló a la gente en su propia casa. Numerosos vecinos de Leffe fueron ejecutados al salir de la primera misa de la iglesia de los Premontreses. En la fábrica de Leffe mataron al director, anciano cobijado bajo la bandera blanca, y un gran número de sus obreros que se habían refugiado en los talleres.

Es de señalar un caso, todavía más atroz. En un cuarto de un primer piso, los alemanes encerraron a cuatro jóvenes, diciéndoles que iban a incendiar la casa, y amenazándoles con tirar sobre el primero que se asomara a la ventana, previamente abierta. Puede suponerse lo que los infelices tuvieron que sufrir sintiendo que se acercaba una muerte segura y sin atreverse a dar un paso por temor a las balas. Uno de ellos, semiasfixiado, cayó con el codo fuera de la ventana, y los tiros le destrozaron el brazo ...

Un padre de familia, que salía de su casa llevando en brazos una criatura de tres meses, fué fusilado en el mismo umbral de su puerta.

Todos estos hechos se produjeron entre las siete de la mañana y las seis de la tarde.

*

Entretanto, el incendio continuaba su obra devastadora, y media ciudad era bien pronto pasto de las llamas, mientras que en todas partes estallaban tiros de fusil. Entre las llamas y las balas, muchos eligieron estas últimas intentando la fuga, salieron de sus casas bajo las descargas, corrieron hacia la plaza del Mosa. Todo ardía, tanto en la ciudad como en las faldas de la montaña ...

En el grupo aterrado, mujeres se precipitaban hacia cada nuevo fugitivo pidiéndole noticias de sus esposos, de sus hijos, de sus padres, y la multitud corría a cada momento de un lado a otro de la plaza, siempre rechazada por las descargas de fusilería de los alemanes. Muchos cayeron para no levantarse más.

Roberto J. Payró

Se trata de **una parte** del artículo siguiente :

PAYRO ; « *Dos representantes argentinos muertos en la guerra* », in LA NACION ; 17/11/1914.